

Jean Meyer
(ed.)

*Visita de las misiones
del Nayarit. 1768-1769*

José Antonio Bugarín

*Nayarit: encrucijada
de caminos*

CEMCA / INI,
México, 1993, 256 p.

A la manera de una gran obra de conjunto, historiadores de uno y otro lado del Atlántico han ido reconstruyendo, con esfuerzos grandes, con tentaleos, retrocesos, ajustes y reajustes metodológicos, la gran historia del que podemos llamar Occidente católico. Este enorme conglomerado humano —pues los hombres y no las instituciones son quienes hacen historia— quedó limitado, hacia el Oriente europeo por la Rusia de Kiev y la Gran Rusia, frontera que en algún momento del siglo XVIII estuvo también al Occidente, cuando desde el puerto de San Blas en Nayarit se exploraron las islas Aleutianas y Alaska. El Pacífico insular abierto a la visita y asentamiento de gente salida de la Nueva España (aventureros, frailes y colonos) fue puerto de incasantes —y casi siempre infructuosas— incursiones a China, Cípano, la India y Ceilán, países misteriosos que, a pesar de los intentos y el innegable vigor apostólico de grandes figuras como Francisco Javier Martín, Ignacio

de Loyola y Mateo Ricci, permanecieron como un valladar cultural prácticamente impenetrable al Evangelio. América hispana fue, por tanto, el gran crisol donde se desarrolló en todos sus matices, la erupción de todas las pasiones humanas y el ímpetu del celo religioso, una empresa que recordó la obra de la extensión del cristianismo en el entorno cultural del Imperio romano y de la mentalidad helenística: un espacio donde —como escribió Jean Meyer en la Introducción de la obra que comentamos— el contacto significó “... conflicto, desajuste, rechazo, sincretismo, interacción. Dicho contacto [llevó] a una deculturación y a una reorganización cultural permanentes que ofrecen aspectos tanto negativos (siempre subrayados y denunciados), como positivos (generalmente olvidados o subestimados)”.

Por lo anterior, precisamente, resulta de particular interés tener a la mano una documentación como la que aparece en esta *Visita de las misiones del Nayarit* realizada en los años 1768 y 1769, pues quien desee palpar de manera viva las grandes problemáticas, los grandes temas y retos de la cultura en el “orbe indiano”, puede hacerlo en este peculiar microcosmos que fue Nayarit en los años de esa visita que ahora es posible recuperar gracias a esta edición.

En primer lugar, la visita realizada a un año de la expulsión de los jesuitas a la sierra nayarita es la *Visita pastoral* que el Concilio Universal de Trento (1548-1563) ordenó que hicieran los obispos mismos o un delegado de ellos a las personas de cualquier índole y condición que conformaban la grey a ellos encomendada. Esta visita obligatoria “en conciencia”, o sea teológicamente hablando,

bajo pena de pecado mortal, tenía como propósito fundamental conocer sobre todo el estado que guardaban los aspectos externos (socioculturales podríamos decir) de la fe cristiana. Por consiguiente, ésta se iniciaba con la lectura del edicto acerca de los “pecados públicos”, o sea, con la advertencia de que debía conocerse, por ejemplo, qué parejas que llevaban vida marital no habían contraído matrimonio; qué niños pequeños, a causa de las condiciones peculiares de sus padres (cumplimiento de condenas carcelarias, irresponsabilidad manifiesta, pobreza extrema) requerían ser tutelados en alguna institución o dados en adopción; y, desde luego —sobre todo en el caso de los indígenas alejados de las concentraciones de población—, se indagaba acerca de la posibilidad de un “regreso a la idolatría”.

La visita —como puede conocerse leyendo la realizada por el párroco Bugarín en nombre del obispo de Guadalajara— consiste en interrogaciones precisas hechas de manera jerárquica, una evaluación sobre las situaciones y amonestaciones jerarquizadas también de acuerdo con el grado de responsabilidad que tenían las personas. Las preguntas, realizadas bajo juramento, afectaban antes que a nadie, a los propios sacerdotes encargados del cuidado de los fieles. Se indagaba sobre el cumplimiento de sus deberes específicos y, de modo especial, se insistía en la posibilidad de que hubiese negligencia en la atención pastoral, en el conocimiento del idioma y de la índole, en este caso de los indígenas y en que los objetos del culto y los templos tuviesen dignidad. José Antonio Bugarín reprende, por ejemplo, el poco cuidado que se tenía en materia del canto litúrgico en la Mesa del

Tonati y trata de conocer, a partir de la información de los propios indígenas, si el trato que reciben de los padres es delicado y bueno e incluso, de manera sutil, motiva la posibilidad de comparar su actuación con la de los jesuitas expulsados apenas un año atrás. Las autoridades civiles y militares eran también parte de la atención pastoral de los obispos y debían ser interrogadas acerca de sus deberes propios. En el caso del Nayarit, a pesar de la baja jerarquía de la milicia presente, se les interroga en estricto orden: el subteniente, el sargento y, finalmente el soldado, quien en una ocasión se acusa de su “corto entendimiento”. Es esto curiosa fuente para estudiar, por ejemplo, la “ignorancia” en el Imperio español.

Los documentos dejados al fin de las visitas y ahora depositados en los archivos son uno de los instrumentos de mayor valía con los que se cuenta para reconstruir, a varios siglos de distancia, esa especie de “vida interior” que latía en las comunidades. La reconstrucción antropológica, la gama amplísima de relaciones humanas en juego, el ejercicio de las responsabilidades, el entorno habitacional, el uso de la flora y la fauna, los cambios en los estratos que ha marcado el tiempo (las viejas y las nuevas generaciones con sus apegos y anhelos diferenciados), los instrumentos de trabajo, y hasta el decorado de las casas y los sitios comunes de reunión, están plasmados en la letra de un informe que no es simple trámite burocrático sino ejercicio de responsabilidad pastoral. No teniendo a la mano fotografías o grabaciones de la época (algo imposible), la letra escrita no sólo suple a la imagen, sino que la recrea en nuestra propia imaginación.

Los estudiosos, y toda persona interesada en conocer el pasado en su entraña más propiamente humana sin los filtros ideológicos y los esquemas prefabricados que suelen estar presentes, tienen ahora, en el informe de la visita del padre Bugarín, un filón por descubrir y un ámbito para reflexionar y para integrar a sus visiones, que quizá no habían tenido en cuenta este importantísimo elemento. Algo se ha hecho, por ejemplo, con los textos dejados por los grandes obispos, plenamente tridentinos, Toribio de Mogrovejo y sus visitas limeñas y Juan de Palafox y sus caminos poblanos. Están ante nosotros las páginas de Bugarín y, sin duda, ellas nos llevarán a encontrar más.

Nayarit en 1768 era un área particularmente polarizada: el cambio de época (con toda su potencialidad de rompimientos, tensiones y proyecciones) tenía lugar en el ámbito geográfico de por sí contrastante de sus costas y la Gran Sierra. Pues mientras Bugarín pasaba revista al estado de las almas de una feligresía marginal y prácticamente indómita, dentro de los más puros cánones de un Concilio que llevaba más de doscientos años de aplicación saludable, los tópicos de esta tarea pastoral distaban mucho de los planes modernizadores que la nueva administración borbónica (preliberal y precapitalista, calificaríamos ahora) quería implantar para la exploración y el comercio en San Blas de Nayarit. A manera de ensayo, alguien podría intentar comparar los contenidos temáticos del libro que hoy se presenta y los del segundo volumen de esa rareza bibliográfica que es “San Blas de Nayarit”, publicado en 1968 por Enrique Cárdenas de la Peña.

Así, el asunto de la idolatría, estudiado con maestría en el prólogo de Jean Meyer, resulta, además de un espléndido espejo para observar las relaciones entre un mandato divino –“No tendrás otros ‘dioses’ delante de mí”– que norma, en el judeocristianismo y de manera radicalísima en el Islam, las relaciones entre la creencia y la vida cotidiana, presenta al historiador y al antropólogo una ventana para asomarse a uno de los últimos momentos donde puede hablarse, en la historia latinoamericana, de una esfera cultural católica por todos lados.

Concretamente, incluso en los ambientes internos de la Iglesia, la concepción de que ciertos objetos (particularmente estatuas) eran “ídolos paganos” que había condenado a una bodega a obras de arte como el *Apolo Belvedere* del Vaticano, iba cediendo a aquella que pensaba que –sobre todo cuando no recibían algún tipo de culto– eran simples objetos, cuya calidad tocaba juzgar más al arqueólogo o al esteta que al teólogo. El siglo XIX francés, y más tarde el latinoamericano, volvería a reunir a los ahora “ciudadanos” en torno de las efigies y estatuas de “padres de la Patria”, próceres y reformadores o a alegorías acerca de la libertad, la igualdad y la fraternidad. ¡Curiosa espiral antropológica que ha favorecido fenómenos como el de los Testigos de Jehová! Pero, regresemos al informe nayarita.

Dice Francisco Methame, “yndio de San Juan Corapa de cincuenta años” que

... es verdad que hasían en su pueblo algunas funciones... una de ellas fue un mithote [¿tendrá algo que ver este término con *mito*?] que celebró Joseph Luis quien lo convidó y

que se redujo a que el sussodicho... vendixio una xicara de agua y que esta se puso en el suelo y otra que vailando se tocaba con un arquito, y que despues del vaile les dixo dicho Luis que se aplicaran de aquella agua en los rostros para que les diese salud Dios que está en los cielos, la Virgen, San Joseph y San Miguel. Que despues lo convidaron en el pueblo de Yscatan a otro mithote... que esta función se hizo para que se dieran buenas las mismas y que en ella se embriagaron con mescal... [p. 100].

¿Cuidada astucia del indio apelar a Dios, a la Virgen, a San José y a San Miguel? ¿O llamada de atención para los pastoralistas y teólogos ante una inculturación litúrgica que podría haber sido asimilada en la Edad Media occidental románica o en las comunidades “indígenas” de la región

malabar, Armenia, el área de los melquitas o la de los abisinios y eritreos? ¿Estamos frente al núcleo del drama de los “ritos chinos”? ¿No habría sido posible asumir las hierofanías de cuevas, fuentes, ríos y montes nayaritas, el baile ritual, el impulso motriz de la religiosidad, como cauces válidos de ese “He ahí que hago nuevas todas las cosas” (Apoc. XXI,5) del Apocalipsis cristiano, basado en que la Encarnación del Verbo “trajo consigo toda novedad” a decir de San Ireneo de Lyon? Si no estuviéramos en el campo de la historia podríamos responder afirmativamente; no así estando en él.

Aportación singular y valiosa para la relación entre la evangelización (entendida en su más profundo significado como interacción de una doctrina y un estilo de vida con “líneas de pensamiento,

criterios de juicio, fuentes inspiradoras y modelos vitales”) y las culturas, es este informe rescatado del olvido por quien podemos llamar sin hipérbole “benemérito de la cultura nayarita”, Jean Meyer. Una vez más nos sorprende y alienta, nos anima a trabajar dándonos trabajo. Lo sentimos feliz en la luminosa Rusia –inmensa tierra también “de Dios y de María Santísima”– pero seguimos deseando que su felicidad la comparta con la nuestra al seguir descubriendo el ardor del fuego y la frescura de las fuentes y ríos caudalosos que han forjado y forjan al hombre y la mujer de Nayarit, encrucijada de caminos y jardín de sufrimientos y esperanzas.*

Manuel Olimón Nolasco
Universidad Pontificia
de México



VÉGÉTATION DU NORD-OUEST DU MICHOCÁN, MÉXICO

Jean-Noël LABAT

- ORSTOM
- CONACYT
- CONABIO
- CEMCA
- Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
- Instituto de Ecología A.C. México, 1995

CEMCA

Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

GÉNÉRALITÉS ET MÉTHODOLOGIE

LE MILIEU NATUREL

- Relief et géologie
- Édaphologie
- Bioclimatologie
- Influence de l'homme
- La flore

LES FORMATIONS ET LES GROUPEMENTS VÉGÉTAUX

- La forêt de sapins
- Les forêts de pins
- La forêt mésophile de montagne
- La forêt de chênes
- La forêt tropicale caducifoliée
- Autres groupements végétaux

RELATIONS ENTRE LES GROUPEMENTS VÉGÉTAUX

LISTE FLORISTIQUE DES ESPÈCES DU NORD-OUEST DU MICHOCÁN ORDONNÉES PAR FAMILLES

Colección: Flora del Bajío y regiones adyacentes

Jean-François Lecaillon

*Napoléon III
et le Mexique*

L'Harmattan

Paris

1994, 260 p.

Jean-François Lecaillon est déjà, dans la même collection, auteur d'un livre, mais c'est celui-ci –ouvrage, d'ailleurs, avec une préface de Frédéric Mauro– qui était le plus attendu, car il y verse l'essentiel de ce qui fut sa thèse. Celle-ci analysait le comportement des communautés indiennes du Mexique face à l'intervention française, et c'est donc ce dossier qui est ici repris. En fait, il ne renouvelle pas totalement l'historiographie (Jean Meyer, à travers la trajectoire de Lozada allait déjà dans le même sens), mais il fait avancer le débat. Définitivement, dans les premiers temps de l'Intervention, la société traditionnelle des *pueblos*, a penché du côté

de l'Empereur (et des Français). Certaines incohérences de la politique de Maximilien –son indigénisme ne remet pas en cause la loi Lerdo de désamortissement–, surtout la conscience de l'échec inéluctable de l'aventure impériale, font que très vite, les communautés se réfugient dans un attentisme prudent.

L'ouvrage est cependant plus neuf encore par son autre versant: Lecaillon a conduit une véritable enquête, de l'intérieur, sur le moral et les motivations de l'armée française d'occupation depuis ses chefs jusqu'aux hommes de troupe. Là aussi, espoirs et découragement alternent. Quelques effets attendus, comme le mal du pays ("partis au plus vite", écrit un soldat en juin 1863), comme les conséquences dissolvantes de l'inaction –"nous ne faisons rien ici, ou peu de chose, l'ennui est général", septembre 1865. Et tous ne sont pas des reîtres: "L'armée a compris qu'elle ne servait pas réellement les intérêts de la France... Nous voulons bien faire la guerre, mais non pas être gendarmes d'Almonte, ni même d'un archiduc" (mars 1864).

Plus surprenant, au milieu de la faune conservatrice mexicaine, Bazaine fait figure de libéral! Plus

intéressant: la désertion devient vite une des plaies de cette armée étrangère d'occupation. Il est vrai que l'auteur, qui revient à deux reprises sur le thème (en citant les mêmes documents) ne donne pas l'ampleur du phénomène, mais s'il a été vraiment significatif, cela démontrerait que cette guerre "coloniale" ne fut pas une "guerre à mort", ethnique, comme l'Amérique en avait déjà connues.

Et cela malgré la *contre-guerri-lla* du comte de Kératry et du colonel Dupuis. On sait ce que cela signifie, et l'on ne peut s'empêcher de penser que l'auteur édulcore un peu la réalité lorsqu'il transforme ces "colonnes infernales" en simple maréchaussée chargée de protéger l'Indien (p. 87).

Un livre bien balancé entre synthèse et recherche originale, qui, finalement nous éclaire sur la malédiction ultime qui pèse sur les corps expéditionnaires: même au pays de "l'éternel printemps", ils ne rêvent que des pontons de la vieille Europe!*

Thomas Calvo
CEMCA



Pedro Tzontémoc

Tiempo suspendido

Casa de las Imágenes/
CEMCA
1995

LA REVALORACIÓN DEL OTRO
EN LA OBRA FOTOGRÁFICA
DE PEDRO TZONTÉMOC

Será porque nació y creció en la ciudad de Chihuahua; será por las conversaciones a la hora de la sobremesa en donde se hablaba de Norogachi, Sisogichic y Babícora; será porque desde niña los vi deambular por los barrios cercanos a nuestra casa y en donde el "corima tortilla" y el "chimirihua-ca" conformaron el primer abastecimiento con el cual pude elaborar y fortalecer mi aún precario diccionario de la infancia; será porque solía entretenerme contando los innumerables ruidos de sus faldas mientras las veía desaparecer entre las calles Aldama y Libertad; será porque quería entender lo que les hacía volver cada semana desde su lugar de origen; o será acaso que en Pedro Tzontémoc pude encontrar el conjunto de todas estas vivencias que me hicieron remitirme de nuevo a esos años, a esas imágenes que de pronto se agolpan en el cristal de mi memoria y me llevan a revivir de forma casi involuntaria lo que de alguna manera permanecía almacenado: mi experiencia con la Sierra Tarahumara.

Conocí a Pedro en la Ciudad de México hace apenas ocho meses. A

través de Milena Koprivitz había concertado una cita para vernos en un restaurante y poder hacerle una entrevista. Pronto fui dándole cuenta de su pausada sensibilidad, de su respeto hacia la vida y el quehacer del otro, de su interés en vivenciar la experiencia de vida de otras culturas, sus ritos y costumbres, su cosmogonía y su experiencia existencial. No necesitó hablar mucho con él para darme cuenta de que se trataba de una persona con un alto grado de apertura, característica que ha servido a Pedro como elemento facilitador hacia el acercamiento y la comprensión del *modus vivendi* de otros pueblos. Resulta ocioso explicarlo. Bástenos acercarnos a su obra fotográfica para percatarnos de que en este artista se encuentra "ese artista" que lo es no sólo por el uso que hace de su lente sino por la forma en que se abstiene de hacerlo. Con esto quiero decir que Pedro sabe aproximarse a la otra cultura con paso sigiloso y mirada paciente. Sabe esperar; puede dejar de lado la cámara para primero acercarse hasta donde la desconfianza y el miedo queden ausentes y con ello propiciar el abordaje y, por medio de éste, el conocimiento de lo que el otro siente, de lo que el otro es. Quizá yo misma esté cayendo en un error al hablar de la cultura del "otro" como si de hecho se tratara de un alguien ajeno a nosotros, separado por geografías o enormes distancias. Y sin embargo, a través de Pedro puedo reconocer que ese otro aún está ahí, cerca, muy cerca, tan cerca como nosotros queramos, nos dice a través de su obra el artista. Ahí radica precisamente su logro: hacernos ver que a la cultura de los tarahumaras hay que aproximarse tal y como él se acercó: no con el propósito de mostrárnoslos sino

con un deseo genuino y desinteresado de simplemente estar ahí.

Pedro quería estar ahí. Él mismo lo confiesa al decir que para él la vivencia es más importante que la fotografía "... La fotografía otro día la podré tomar, la vivencia no sé cuando pueda volverla a tener".

Pedro no toma fotografías para llevar un registro documental. Su preocupación está más bien centrada en aprehender la cultura del otro. Participa de sus rituales, los vivencia, los comprende y procesa para que, de tal forma puedan ser luego transmitidos como algo ya asimilado, como si se tratara de algo que ya fuera parte de él. Por eso su obra no sólo narra: transmite, comunica el sentimiento. Es el cronista mudo que reconoce la necesidad de continuar lo que de por sí rige a una cultura. Conoce la necesidad de reafirmar ese sentido de vida que ya había sido descrito por Lumholtz, historiador que a finales del siglo pasado se adentrara a profundidad para estudiar lo que es el tarahumara y quien en sus descripciones señalara características y rasgos que parecen no haber sido alterados ni por el hombre, ni por el tiempo. Sucede, como luego dicen, que el tarahumara cambia con tal de no cambiar. Es decir, lo que señalara hace tiempo este investigador encaja perfectamente con lo que Pedro Tzontémoc transmite en su obra: la inmutabilidad que parece quedar como suspendida en la Sierra. Tiempo suspendido que sólo capta el que transita esas tierras como en un dejarse llevar lo invisible para luego darle visibilidad; es viajar hacia el interior del otro, interior que este artista encuentra a través de la mirada, misma que viene a develar el sentido que la vida tiene tanto para el otro como para quien la descubre y retiene para sí.

A través de las imágenes que Pedro nos muestra podemos percatarnos de que el haber convivido dentro de esos grupos sociales en donde existe una diversidad significativa en los modos de ser, le ha permitido generar para sí y para quien descubre ese mismo sentimiento en su obra, una nueva dimensión cultural con una amplia gama de formas y estructuras que permiten el redimensionar la riqueza de nuestros grupos étnicos de forma tal que a través de ellos seamos capaces de construir una visión que dé sentido a nuestra vida; a la nuestra y a aquella de esos con quienes la compartimos. La fotografía funciona en este caso como un puente que permite acercarnos hasta donde está el otro.

Esta conjunción de miradas y significados, que se dan en la otredad, es el encuentro afortunado del que ya el mismo investigador noruego dijera que: “Es preciso verles los ojos para hallar la expresión de lo que les pasa interiormente, pues su rostro carece de movimientos y no revelan sus sensaciones con impulsos involuntarios.” Y creo que esto es aplicable a cualquier miembro de las culturas indígenas de nuestro país: hay que conocerlos a través de sus ojos. Ahí es en donde se capta esa interioridad hacia la que ha podido descender Pedro Tzontémoc; descenso hacia las profundidades del ser es lo que capta y transmite en su obra. Hay esa sensación de encuentro con el otro, de un descubrimiento, sin que por ello se lastime la integridad o la identidad de aquello que se nos muestra.

El *Tiempo suspendido* no sólo es aplicable al lapso transcurrido entre la época en que Antonin Artaud viajó por esas tierras y que ahora, cincuenta años más

tarde, retoma en la misma ruta Pedro Tzontémoc. No, el tiempo suspendido es el que detiene en su quehacer Pedro para mostrar tal cual la realidad de los tarahumaras; realidad que sale a la luz contextualizada en un mundo reconciliado, a la vez que reconciliante, para quien sepa leerla.

Es enfrentarse a ese cielo y a esos montes, al agua que transcurre sin realmente transcurrir en su fondo; es entender que la naturaleza es en sí misma un templo, el altar que guarece la memoria; es, como decía Artaud, “el lugar en donde la naturaleza ha querido hablar”. Pedro la deja que hable; él capta silencioso su discurso, como si en vez de cámara trajera consigo una grabadora y no sólo lograra reproducir lo pronunciado sino que, además, lo lograra interpretar. Interlocutor, podríamos decir, del otro.

Y no es de extrañar que en la Sierra Tarahumara se dé esta suspensión del tiempo. Entenderemos mejor este proceso si escuchamos el sentir del gran tarahumara Erasmo Palma: “Así contaban mis papás. Así vivían ellos mismos con esos conocimientos, porque así se los habían comunicado los que primero vivieron hace mucho tiempo. La palabra del que es padre vivió primero. Por eso ciertamente ellos hablaban así y de esta manera lo contaban”.

Estas palabras de Erasmo nos remiten a Alvarado Tezozómoc, descendiente de los primeros mestizos del primer siglo posterior a la Conquista, quien en su *Crónica mexicáyotl* habla de cómo nosotros tenemos que preservar aquello que vinieron a decir ellos (nuestros bisabuelos y nuestros abuelos, nuestros padres) para que todo eso que ellos vinieron a decir quedara en la memoria de

sus hijos y sus nietos, en la memoria de quienes tienen su sangre y color. Pareciera como si este esfuerzo por preservar el legado cultural de los ancestros se presentara como una constante en las culturas del México antiguo, situación que para pesar nuestro, ha perdido su sentido y su significado en la actualidad.

No para los tarahumaras, quienes prefieren la continuidad. Pedro me contaba durante la entrevista cómo ellos al ser interrogados del porqué preferían seguir viviendo en cuevas respondían que por su parte ellos no podían entender cómo nosotros vivíamos unos encima de otros (refiriéndose a los edificios de departamentos). Quizá tampoco podríamos entender el porqué se pasan las mujeres la mayor parte del día en las cuevas reventando, sobre un pequeño fuego, el maíz. Obviamente la respuesta podría comprenderla sólo quien conoce que el maíz es precisamente el producto con el cual se elabora el “teshuino”, su bebida sagrada y que por lo mismo su elaboración requiere de todo un ritual. Situaciones como éstas y otras más llevaron a Pedro Tzontémoc a comprender la visión de esta gente sobre el mundo y por esa comprensión pudo desarrollar una adecuada interpretación de su existencia.

Creo que a cualquiera de nosotros le sería difícil pasar largas horas con un tarahumara, y aunque lo hiciéramos, dudo que pudiéramos entenderlo. No me refiero sólo al lenguaje. Su vida íntima y la nuestra giran en órbitas distintas como si apenas pudiéramos tocarnos superficialmente. Sin embargo, Pedro ha llegado a la convivencia, a la proximidad necesaria en un oficio que se pretende honesto. Ahí, en ese convivir, en ese acercamiento logra la foto-

